

*Que al eróico influjo de sus ojos
Se empañen los cristales,
La nieve se calcine
Se combusione el seno*

*Virginal de las selvas,
Y se empenache con ardientes ascuas
El corazón de la rebelde femina.*

*Que al rayar de su testa iluminada,
Resbalen de las frentes
Las más bellas coronas,
Los lábaros se borren,
Repliegue sus insignias
La faz del estandarte,
Y vacilen los símbolos ilustres
Sobre sus pedestales...*

*Yo quiero un vencedor de toda cosa,
Domador de serpientes,
Trasponedor de abismos,
Encendedor de astros;
Y que rompa una cósmica fonía,
Como el derrumbe de una inmensa torre
Con sus cien mil almenas de cristales,
Quebrados en la bóveda infinita,
Cuando el gran vencedor doble y deponga
Cabe mi planta sus rodillas ínclitas.*

He aquí a su héroe. He aquí al caballero de su enorme aventura. El arquetipo, al que ella fuera

capaz de "ofrendar la sangre de sus venas para su idolatría".

Pero, señoras y señores, ¿habéis pensado alguna vez en lo que significa el retorno de estas almas errantes a la realidad cotidiana, después de sus maravillosas ascensiones? "¡Inexorable fatalidad de la belleza! ¡Nacer sensible es nacer herido!" Y cuanto más honda la herida, más honda la majestad del canto. Así *la enfermedad de la madreperla* y *la ceguera del ruiseñor*. Y después del canto, la noche infinita del pájaro divino.

Se afirma de Wágner que a pesar del arresto impulsivo de su temperamento y del trágico exclusivismo de su ideal, era tan profunda su sensibilidad, que palidecía frente a una flor tronchada, o ante el sufrimiento de una bestia. María Eugenia, lo sabéis bien los que fuisteis sus amigos o amigas, "sufría" también una sensibilidad quebradiza y enferma. Su lira exaltada, silenció demasiado el acento humilde, el ritmo íntimo y emocionado, el acorde "normal" con que se expresa el sentimiento básico de los humanos y la sociedad. La épica de Ada Negri, por ejemplo, no se desmedró sino que se complementó con ese acento. ¡Lástima de nuestra poetisa! Pero fué víctima principal la propia inspirada. Su excepcionalísima idiosincrasia personal, la impelió hacia rumbos helados. Yermos a los que sólo atemperaba el lejano resplandor de su genio. Multiplicaron su sacrificio el decoro, la dignidad y la nobleza, que fueron también características ingénitas de su